

El consumo del maíz en la construcción de la persona mazateca*

Esperanza Penagos Belman**

Resumen: El presente trabajo ofrece algunas reflexiones sobre el papel del maíz en la integración del individuo mazateco. Pasa revista, en primer lugar, a la constitución anímica de la persona desde la representación simbólica mazateca y, en segundo lugar, a la importancia de la manipulación y del consumo del maíz en la constitución del hombre como un ser “cabalmente íntegro”.

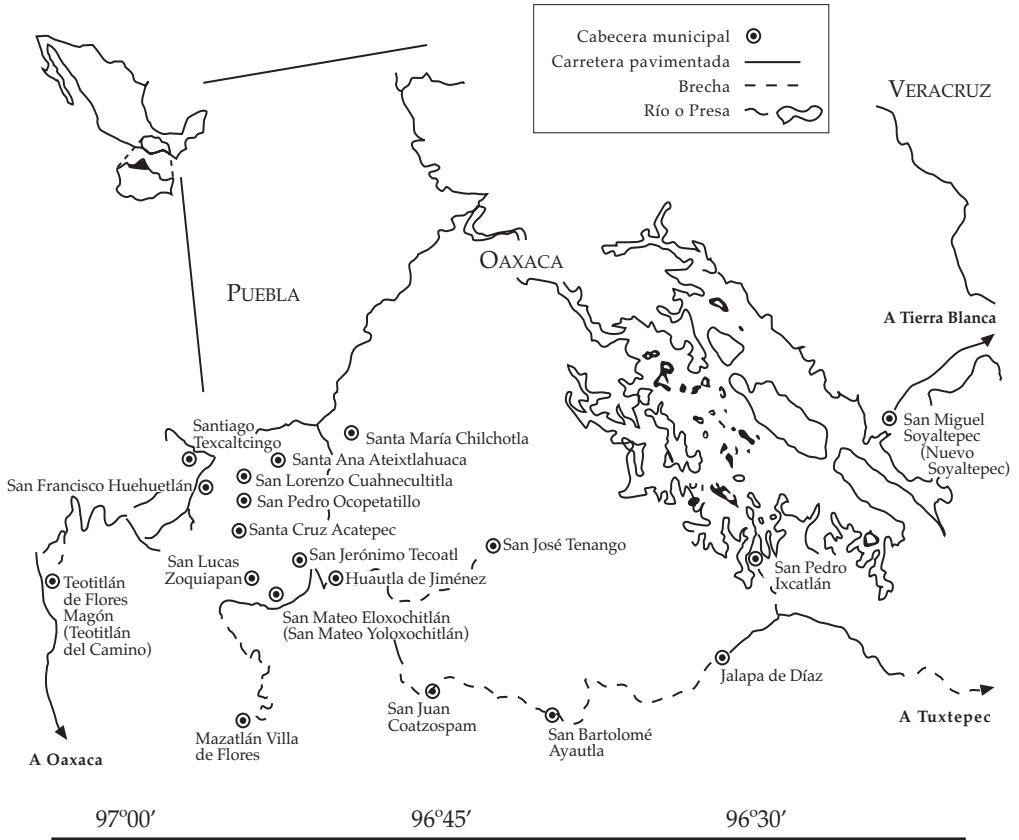
Abstract: The objective of this paper is to share some reflections on the role maize has in the integration of the Mazatec individual. The author analyzes first, the person's constitution from the scope of symbolic Mazatec representation and second, the importance of maize consumption and manipulation in the constitution of man as a “fulfilled human being”.

La región mazateca se ubica en la parte septentrional del estado de Oaxaca, en el interior de la Sierra Madre Oriental. Limita al norte con Veracruz, al sur con el río Santo Domingo, al este con las tierras chinantecas que corresponden a los municipios de Ojitlán y Tuxtepec y al oeste con el estado de Puebla (ver el mapa). Dividida por su orografía en alta y baja mazateca esta región sufrió una violenta transformación en sus condiciones de existencia a partir de la década de los cincuenta del siglo pasado. Para la región serrana esta fecha marcó el inicio de una nueva forma de integración a la economía nacional e internacional debido a que el Estado intentó obtener el monopolio de la producción, la comercialización y la distribución del café. Para la mazateca baja

* DES-ENAH

** Quiero dedicar este trabajo a mi muy querida maestra, la Dra. Marie-Odile Marion, *in memoriam*. Por otra parte deseo expresar mi agradecimiento al Dr. Alessandro Lupo, de la Universidad de Roma, quien invitado por la profesora Marion y la línea de Antropología Simbólica de la ENAH impartió una conferencia en dicha escuela en el año de 1998. Muchas de sus sugerencias y reflexiones sirvieron de guía para este proyecto.

Localización geográfica de la región mazateca



Fuente: López Cortés, Eliseo y Juan Pérez Quijada: 4.

la década de los cincuenta representó el punto de partida en la edificación de una obra magna de ingeniería hidráulica circunscrita a un programa de desarrollo regional conocido como Proyecto Papaloapan, que generó la inundación de más de 51,000 Ha de terreno fértil pertenecientes a tres municipios de dicha región.

Con la construcción de la presa Miguel Alemán la mazateca baja perdió más de 500 km² de su territorio, es decir, la mitad de las tierras cultivables pertenecientes a San José Independencia, San Pedro Ixcatlán y San Miguel Soyaltepec. Esto

provocó el desplazamiento de 22,000 indígenas mazatecos que fueron relocalizados en cinco zonas ubicadas a una distancia entre los 50 y los 200 km de su lugar de origen. En la actualidad la presa Miguel Alemán constituye un gran lago de configuración irregular con numerosas islillas que, según su tamaño, son utilizadas estacional o permanentemente como centros de población o como áreas de pastos y tierras de agostadero.

Cabe señalar que las comunidades en las que desarrollamos nuestro trabajo forman parte de tales áreas. No es momento para hablar sobre el proceso de repoblamiento y colonización de la presa, baste señalar que hoy en día tanto la isla Málzaga como la Buenos Aires están habitadas por más de 200 indígenas mazatecos de procedencia diversa.

En la concepción mazateca una persona está constituida fundamentalmente por un cuerpo que contiene huesos, carne, sangre, corazón y sobre todo un número plural de espíritus. Cada ser humano se compone, pues, de cuerpo y de espíritus plurales. Siete para el caso femenino y seis para el caso masculino. Dichas entidades espirituales, denominadas *ase niti* (imagen de día), se asientan privilegiadamente en el corazón.

Para los mazatecos todo ser viviente posee un corazón. Goza, por lo tanto, del aliento y la fuerza vitales que le garantizan la sobrevivencia en un primer momento. Pero esta esencia vital, que entre los antiguos mexicanos se creía insuflada en el vientre materno por la dualidad suprema del Omeyocan (López Austin: 227), este influjo que podría ser identificado con aquella sustancia conocida como el *tonalli* entre los nahuas del siglo XVI y que está muy cercano al *yolo* y al *ecahuil* de los nahuas contemporáneos de Santiago Yancuitalpan (Signorini y Lupo), es insuficiente para garantizar la vitalidad de un individuo.

Para los mazatecos la ontogénesis humana no involucra la formación de su entidad espiritual. Aunque las opiniones son divergentes y no siempre poseen la coherencia que deseáramos, gran parte de los testimonios coinciden en señalar que los embriones, es decir, los niños que no han sido expulsados del vientre materno, carecen de dicha entidad anímica. Poseen, claro está, un corazón, la sede donde se alojará el aliento vital, pero en tanto el embrión no haya salido del campo uterino permanecerá desprovisto de fuerza espiritual. El feto no está animado por el espíritu, éste “le entra hasta que nace, cuando ya está en el piso, cuando ya cae. Le entra por la cabecita o por el pecho”. Teófilo Morelos, hombre de conocimiento de la isla Buenos Aires, afirma que:

No está [el espíritu] adentro, y si lo consultamos no lo podemos ver, consultamos [el espíritu] de la mamá nada más. Ya cuando el niño cae, entonces

ya tiene su espíritu. Entonces si el bebé, vamos a poner, está adentro todavía, no podemos poner su espíritu. Pues sí, pues todavía es como si apenas se estuviera desarrollando, entonces ya cuando cae el aire, entonces ya hay espíritu. Entra el espíritu.

Existe, sin embargo, cierta ambigüedad respecto a la naturaleza y al número de entidades anímicas que integran a la persona mazateca,¹ aunque generalmente se estima la cantidad de seis espíritus para el varón y de siete para la mujer:

son siete espíritus los que tenemos, así dicen los viejitos de antes. Si nomás tuviéramos uno y nos pasa algo, si nomás tenemos uno, enseguida nos vamos a morir; pero porque son siete, por eso aguantamos. Los espíritus son siete, pero el corazón nomás es uno y nosotros también somos un cuerpo.

En este testimonio, que nos fue dado por una mujer, se advierte que es en dicha pluralidad en donde reside la fuerza anímica, que se concibe como una especie de reserva vital. En efecto, la muerte no es considerada como un acontecimiento que sobreviene en un momento preciso; por el contrario, es entendida como la paulatina pero inexorable pérdida de las entidades vitales. Así, cuando uno “ya está moribundo es porque los seis espíritus ya abandonaron el cuerpo de uno, pero el principal ahí está, hasta que no se mueran todos está bien muerta una persona.”

Esta idea de una jerarquía entre las entidades espirituales es reconocida por la población mazateca en general. Ellos creen en la existencia de un espíritu principal, del “mero espíritu”, sustancia vital que a la muerte del hombre abandona su sede corpórea y pasa a habitar la viga principal de la casa. Es en honor de ella que se celebran las exequias de los 40 ó 47 días. El cuerpo humano aloja, pues, un espíritu principal y seis réplicas, cada una de las cuales otorga fuerza y vitalidad al individuo mazateco.

Como hemos visto, los hombres no son concebidos con estas entidades anímicas. Sin embargo no queda claro en qué momento se le incorporan. Hemos de mencionar que en el pensamiento mazateco tampoco es suficiente, para que el niño sea cabalmente humano, la incorporación de una entidad anímica;

¹ Hubo algún informante que me señaló que el hombre poseía 120 espíritus. Hubo otra opinión, sostenida por numerosos informantes, acerca de que la integridad anímica de la persona mazateca estaba conformada por cuatro espíritus.

hace falta un prolongado tiempo de maduración y de crecimiento en el que el maíz y su consumo constituyen una parte decisiva. Esta idea de que el hombre alcanza su plenitud sólo cuando ha llegado a poseer y a consumir el maíz podemos observarla en los nahuas posteriores a la conquista. En esa especie de proyección simbólica, en ese juego de paralelos, López Austin dice que en náhuatl el término más usual para referirse al cuerpo humano en su integridad era el de *tonacayo*, que quiere decir “nuestro conjunto de carne”, término que también se empleaba para denominar a los frutos de la tierra y en particular al alimento por excelencia, el maíz: “Formándose así metafóricamente un vínculo entre la corporeidad del hombre y del cereal al que debía su existencia” (172).

Tanto el espíritu que se incorpora al nuevo ser en el momento del nacimiento como su estructura corpórea tendrán que pasar por un proceso de maduración. La individualidad anímica se irá conformando y complementando a lo largo de la vida, y todas las acciones que emprenda el hombre en el transcurso de su existencia coadyuvarán o no a su constitución. Un ejemplo de ello, a nivel de conducta ritual, es el bautizo, cuyo fin en la mentalidad mazateca es el de “dar más valor al espíritu, darle más vida para vivir”.

A lo largo del ciclo vital, pero sobre todo durante los primeros años,² habrá un permanente refuerzo de la estructura corporal y espiritual del sujeto mazateco. Los niños serán observados muy de cerca y toda conducta que salga de la norma será interpretada como parte de un desequilibrio anímico y de un conflicto corporal. Con frecuencia las madres mazatecas asisten con los *shuta shiné* u hombres de conocimiento para que diagnostiquen el mal que afecta a sus pequeños y para celebrar ceremonias propiciatorias de sus fuerzas espirituales:

A los niños chiquitos si lloran mucho [se] les prenden velas. Ahí dice qué tiene, por qué llora. Ya de ahí se van aliviando. Se les prenden cuatro velas. Esas velas las enciende el curandero pero se traen a la casa para que ahí terminen de consumirse.

Nuestra hipótesis acerca de que el niño es considerado como un ser de “incompleta humanidad” puede observarse en el rito que sigue a la muerte de un individuo de pocos meses o días de edad. Antaño en las comunidades que nos

² Un informante me dijo que es durante los dos primeros años de vida que los niños deben recibir un refuerzo de su integridad espiritual.

ocupan, cuando un niño moría después de nacer o cuando moría sin haber sido mojado por el agua vital (el bautizo) era enterrado en un espacio no socializado por la presencia humana ni por la principal actividad que signa al hombre como ser en plenitud, es decir, la actividad agrícola. Se le enterraba en el monte alto, en la selva virgen, fuera del espacio que correspondía a los otros muertos, a aquellos que estaban destinados a convertirse en ancestros. Sus restos, por ende, se transmutaban nuevamente en naturaleza.

En la actualidad las reglas éticas de la sociedad mazateca se han transformado, ahora los niños que no recibieron el bautismo no son excluidos del panteón que ocupan los otros muertos. Sin embargo todavía subsisten ciertas formas de representación simbólica en torno al aspecto ferino o no socializado de los niños que mueren en edad temprana; un ejemplo nos lo ofrece el caso de los lactantes, es decir, de aquellos que no consumieron el maíz.

Cuando un mazateco muere las exequias suelen durar hasta siete años y son observadas con gran cuidado, tiempo éste en el que se considera completa la transformación de los muertos en antepasados. En el caso de los niños que mueren antes de haber consumido el maíz se suprimen muchos de los actos rituales que sí se observan en las otras muertes, por ejemplo el velorio de los 47 días. La cosmovisión mazateca establece que al término de los 40 ó de los 47 días el espíritu emprende definitivamente el viaje a su destino ultraterreno. Desde nuestra perspectiva dicha transición, que marca el término de un estado liminal, está signada fundamentalmente por la elaboración de una comida ritual en la que el maíz ocupa un lugar privilegiado. Cabe señalar que la preparación de dicha comida involucra un modo particular de cocción y de elaboración del cereal, pues se le cuece al vapor y asume la forma de tamal.

En el consumo de los tamales participan tanto los vivos como los muertos. Durante la ceremonia, que se desarrolla primero en el ámbito doméstico y posteriormente en el *gande mikié* o lugar de los muertos, suele colocarse encima de la tumba una ofrenda que incluye siete tamales de maíz, agua, velas, copal, flores y otras cosas. Esta parafernalia ritual está ausente cuando se trata de los niños pequeños, de los lactantes, de aquellos que dejaron este mundo sin haber conocido el alimento por excelencia. Ellos no se dirigen al mismo sitio ultraterreno que los espíritus inmortales de los otros muertos, su destino final lo constituye el *yia chiquí* o árbol de senos. Éste corresponde al *chichihualcuachco*, nombre que en la cosmovisión nahua del siglo XVI designa el destino de los niños lactantes. Lugar "al que se creía iban a esperar una segunda oportunidad de vida bajo las ramas de un árbol de las que colgaban como frutos, mamas destilantes" (López Austin: 358).

Otra parte del ceremonial de difuntos dirigido a los “hombres plenos” consiste en que un anciano, en el momento en que el féretro es sacado del ámbito doméstico, llama por su nombre al espíritu del muerto mediante el resquebrajamiento en el piso de un molcajete o de un plato trípode que en la región se denomina chilmolera. Dicho episodio también está ausente cuando se trata de los niños que no fueron alimentados de maíz. En este caso tampoco se llama a su entidad anímica en formación ni se le avisa que su plazo de vida ha concluido. Únicamente se rompe la chilmolera y se siguen las exequias completas, que como hemos dicho suelen durar hasta siete años, por el hombre “enteramente constituido”, esto es, por aquel que no sólo estuvo vinculado al maíz por su consumo sino también por haber ejercido el trabajo agrícola, actividad principal que hoy por hoy sigue desarrollándose en el interior de la presa Miguel Alemán: “Al que trabajó. Por esa razón ya conoció. El niño chiquito no conoció, no le rompen la chilmolera.”

Por la misma razón a los niños que mueren sin haber consumido el maíz no se les realiza el novenario. Sobre esto M. Martínez, anciano del municipio de San José Independencia, hoy Cerro Campana, advierte:

Los niños recién nacidos, los que apenas están chiquitos, los que no han probado el maíz y la tortilla, se terminan de criar ahí en el *yia chiquí*; y a éstos, pues no se les guarda ésa, pues no se les hace su novenario, no se les hace sus 40 días y todo eso porque están chiquitos, porque no han probado el alimento, no han probado nada, por eso no se les hace nada. Solamente se les hace una oración ahí, o los bendicen nada más y ya, pero a ellos no se les hace ninguna, no se les guarda ninguna [costumbre].

Todas estas apreciaciones nos llevan a formular la hipótesis de que las celebraciones de los muertos son eminentemente agrícolas porque coinciden anualmente con la época de la cosecha del maíz, pero también porque la ritualidad sugiere que la transformación del hombre en ancestro —cuya tarea fundamental es la de vigilar la reproducción de la cultura desde el firmamento—, está vinculada con dicho cereal.

En resumen, hemos intentado demostrar, a partir de algunos elementos existentes en las celebraciones fúnebres, cómo en el pensamiento mazateco el maíz asume un papel importante en la transformación del hombre en ser pleno e íntegro. Tanto su consumo como el despliegue del trabajo agrícola son ejes fundamentales a través de los que el ser que nace incompleto debe coadyuvar a la integración de su individualidad anímica y corporal.

Bibliografía

Boege, Eckart

1988 *Los mazatecos ante la nación. Contradicciones de la identidad en el México actual*, Siglo XXI editores, México.

López Austin, Alfredo

1984 *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, tomo I, IIA, UNAM, México.

López Cortés, Eliseo y Juan Pérez Quijada

1994 *Pueblos indígenas de México*, INI/SEDESOL, México.

Penagos Belman, Esperanza

1996 "Cuerpo y milpa: espacios paralelos en la cultura mazateca", en *Simbólicas*, Marion Singer, Marie-Odile, coordinadora, CONACyT/Plaza y Valdéz, México, pp. 67-74.

Signorini, Italo y Alessandro Lupo

1989 *Los tres ejes de la vida. Almas, cuerpo, enfermedad entre los nahuas de la sierra de Puebla*, Universidad Veracruzana, Jalapa, Veracruz.